



1^o
de julio

La salvación prometida

*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay más. Isaías 45:22.*

Cuando fueron creados, Adán y Eva tenían un conocimiento de la Ley original de Dios... Cuando transgredieron la Ley de Dios y cayeron de su estado de feliz inocencia, y se convirtieron en pecadores, el futuro de la raza caída no quedó aliviado por un solo rayo de esperanza. Por causa de la transgresión de la Ley divina, el paraíso fue perdido por la familia humana, se pronunció la maldición sobre la tierra y comenzó el reino de la muerte.

Cuando se pronunció la maldición sobre la tierra y sobre el hombre, hubo una promesa en relación con la maldición: que mediante Cristo había esperanza y perdón por la transgresión de la Ley de Dios. Aunque la lóbreguez y la oscuridad pendían como una mortaja sobre el futuro, sin embargo —en la promesa del Redentor—, la Estrella de la esperanza alumbraba el lóbrego futuro. La primera predicación del evangelio fue hecha por Cristo a Adán. Adán y Eva experimentaron sincero dolor y arrepentimiento por su culpa. Creyeron la preciosa promesa de Dios y fueron salvados de una ruina total...

Durante trescientos años [Enoc] caminó con Dios, dándole al mundo un ejemplo de una vida pura e intachable, una vida que guardaba un contraste marcado con la de sus contemporáneos en aquella generación voluntariosa y perversa, que ignoró abiertamente la Ley de Dios y se ufano de ser libre de sus restricciones. Pero su testimonio y su ejemplo fueron igualmente ignorados, porque los hombres y las mujeres amaron el pecado antes que la santidad. Enoc sirvió a Dios con un corazón íntegro; y el Señor le comunicó su voluntad y le reveló los grandes eventos conectados con la segunda aparición de Cristo por medio de visiones. Entonces, este siervo favorecido del Señor fue llevado al cielo por los ángeles, sin ver la muerte.

Con el tiempo la maldad se tornó tan grande que Dios ya no pudo soportarla; y le dio a conocer a Noé que, debido a la transgresión continua de su Ley, él destruiría a quienes había creado mediante un diluvio que traería sobre la tierra. Noé y su familia fueron obedientes a la Ley divina, y por su lealtad al Dios del cielo fueron salvados de la destrucción que abrumó al mundo impío que los rodeaba. Así el Señor se preservó para sí a un pueblo en cuyo corazón habitaba su Ley —*Signs of the Times*, 22 de abril de 1886; parcialmente en *Comentario bíblico adventista*, t. 1 p. 1.098.

La prueba de Caín y Abel

Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante. Génesis 4:3-5.

Caín y Abel, los hijos de Adán, eran muy distintos en carácter... Estos hermanos fueron probados, como lo había sido Adán antes que ellos, para comprobar si habrían de creer y obedecer la Palabra de Dios. Conocían el medio provisto para salvar al hombre y entendían el sistema de ofrendas que Dios había ordenado. Sabían que, mediante esas ofrendas, podían expresar su fe en el Salvador a quien estas representaban, y al mismo tiempo reconocer su completa dependencia de él para obtener perdón. Y sabían que sometiéndose así al plan divino para su redención, demostraban su obediencia a la voluntad de Dios y demostraban fe y dependencia del Salvador tipificado por estas ofrendas.

Los dos hermanos levantaron altares semejantes, y cada uno de ellos trajo una ofrenda. Pero Caín, desobedeciendo el directo y expreso mandato del Señor, presentó solo una ofrenda de frutos. No hubo señal del cielo de que este sacrificio fuera aceptado. Abel rogó a su hermano que se acercase a Dios en la forma que él había ordenado, pero sus súplicas crearon en Caín mayor obstinación para seguir su propia voluntad. Como era el mayor, no le parecía propio ser amonestado por su hermano, y desdeñó su consejo.

Abel trajo lo mejor de las primicias de su rebaño, conforme a las instrucciones del Señor. En el cordero inmolado, vio por la fe al Hijo de Dios, señalado para morir por causa de la transgresión de la Ley de su Padre. Dios respetó la ofrenda de Abel: descendió fuego del cielo y consumió la víctima. Caín ahora tenía una oportunidad de ver y reconocer su error... Y aquel que no hace aceptación de personas respetará la ofrenda de fe y de obediencia...

La ofrenda de Abel había sido aceptada, pero esto fue así porque Abel había hecho cada detalle conforme Dios se lo requirió —*Signs of the Times*, 16 de diciembre de 1886; parcialmente en *Patriarcas y Profetas*, pp. 58-60.



3
de julio

La ira de Caín

Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? Génesis 4:6, 7.

El Señor no ignoraba los resentimientos acariciados por Caín, pero deseaba que él reflexionara sobre su conducta, y al convencerse de su pecado se arrepintiera y colocara sus pies en el camino de la obediencia. No había motivo para sus sentimientos de enojo hacia su hermano ni hacia su Dios. Su propio descuido de la voluntad claramente expresada de Dios había llevado al rechazo de su ofrenda... La ofrenda de Abel había sido aceptada, pero esto era porque Abel había hecho en cada detalle lo que Dios había requerido que hiciera. Esto no le robaba su primogenitura a Caín... Por eso el asunto fue presentado claramente ante Caín; pero su combatividad fue despertada porque su decisión fue puesta en tela de juicio y no se le permitió seguir sus ideas independientes. Estaba enojado con Dios y enojado con su hermano. Estaba enojado con Dios porque él no aceptaría los planes de un pecador en lugar de sus requerimientos divinos; y estaba enojado con su hermano por estar en desacuerdo con él...

Caín invitó a Abel a caminar con él por el campo, y allí dio expresión a su incredulidad y su murmuración contra Dios. Aseguró que hacía el bien al presentar su ofrenda. Y cuanto más hablaba contra Dios y ponía en duda su justicia y misericordia por haber rechazado su ofrenda y aceptado la de su hermano Abel, más amargos se volvieron sus sentimientos de ira y de resentimiento.

Abel defendió la bondad e imparcialidad de Dios, y le señaló a Caín la razón simple por la cual Dios no aceptó su ofrenda.

El hecho de que Abel se atreviera a estar en desacuerdo con él y fuera tan lejos como para señalarle sus errores, sorprendió a Caín... El sentido común le decía a Caín que Abel tenía razón cuando habló de la necesidad de presentar la sangre de una víctima herida, si deseaba que su sacrificio fuese aceptado. Pero Satanás le presentó el asunto bajo otra luz. Incitó a Caín a una locura furiosa, hasta que mató a su hermano, y el pecado de homicidio fue colocado sobre su alma —*Signs of the Times*, 16 de diciembre de 1886.

Un sacrificio más excelente

Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo. Hebreos 11:4.

Estos dos hermanos, Caín y Abel, representan a toda la familia humana. Todos fueron probados en el asunto de la obediencia, y todos serán probados como ellos lo fueron. Abel soportó la prueba de Dios. Reveló el oro de un carácter justo, los principios de la verdadera piedad. Pero la religión de Caín no tuvo un buen fundamento: reposaba sobre el mérito humano. Él trajo a Dios algo por lo cual tenía un interés personal: los frutos de la tierra, que habían sido cultivados por su esfuerzo; y presentó esta ofrenda como un favor hecho a Dios, mediante el cual esperaba conseguir la aprobación divina. Obedeció cuando edificó un altar; obedeció cuando trajo un sacrificio; pero solo era una obediencia parcial: la parte esencial, el reconocimiento de la necesidad de un Redentor, quedó fuera...

Ambos eran pecadores, y ambos reconocían los derechos de Dios como objeto de adoración. A todas luces, su religión era la misma, hasta cierto punto en el tiempo; pero la historia de la Biblia nos muestra que hubo un momento en que la diferencia entre ambos se hizo muy notable. Esta diferencia radicaba en la obediencia de uno y la desobediencia del otro.

El apóstol dice que Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín. Abel captó los grandes principios de la redención. Se vio a sí mismo como un pecador, y vio el pecado y su castigo, la muerte, como un obstáculo entre su alma y la comunión con Dios. Trajo la víctima herida, la vida sacrificada, reconociendo así los reclamos de la Ley que había sido transgredida. A través de la sangre derramada, contemplaba el sacrificio futuro: a Cristo muriendo en la cruz del Calvario. Y al confiar en la expiación que habría de hacerse, tuvo prueba de que era justo y que su ofrenda fue aceptada.

¿Cómo conocía Abel tan bien el plan de salvación? Adán se lo enseñó a sus hijos y a sus nietos... Luego de que Adán pecó, lo sobrecogió una sensación de terror. Un temor constante lo abrumaba; la vergüenza y el remordimiento torturaban su alma. En este estado de ánimo deseaba estar tan lejos como fuera posible de la presencia de Dios, aunque antes le había encantado encontrarse con él en su hogar edénico. Pero el Señor siguió a este hombre atormentado por la conciencia y, aunque condenaba el pecado del que Adán era culpable, le dio una promesa llena de gracia —*Signs of the Times*, 23 de diciembre de 1886.



5
de julio

La primera promesa del evangelio

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.
1 Corintios 15:22.

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gén. 3:15). Este fue el primer sermón evangélico predicado a los pecadores; esta promesa era la estrella de esperanza que iluminaba el futuro oscuro y nefasto de la raza. Adán recibió gustosamente la deseada certeza de la liberación y diligentemente instruyó a sus hijos en el camino del Señor. Esta promesa fue presentada en conexión íntima con el altar de las ofrendas del sacrificio. El altar y la promesa permanecen uno al lado del otro, y el uno arroja claros rayos de luz sobre la otra, mostrando que la justicia de un Dios ofendido solo puede ser mitigada por la muerte de su amado Hijo...

Abel escuchó estas lecciones preciosas y fueron para él como semilla sembrada en buen terreno. Caín también las escuchó. Tuvo los mismos privilegios que su hermano, pero él no los tomó en cuenta. Se atrevió a ir contra los mandamientos de Dios, y el resultado se nos presenta claramente. Caín no fue víctima de un propósito arbitrario; no se eligió a uno para ser el escogido de Dios y al otro para ser rechazado. Todo el asunto radica en hacer o no hacer lo que Dios ha dicho.

Caín y Abel representan dos clases de personas que existirán en el mundo hasta el fin del tiempo; y este simbolismo merece ser estudiado cuidadosamente. Hay una diferencia marcada en el carácter de estos dos hermanos, y puede verse la misma diferencia en la familia humana de hoy. Caín representa a los que ejercen los principios y las obras de Satanás, al adorar a Dios a su propia manera. Como el líder que siguen, están dispuestos a rendir una obediencia parcial, pero no a someterse enteramente a Dios...

La clase de adoradores que sigue el ejemplo de Caín abarca la mayor parte del mundo, pues casi todas las religiones falsas se basan en el mismo principio, a saber, que el hombre puede depender de sus propios esfuerzos para salvarse...

La religión de Cristo es para que los hombres y las mujeres la acepten con todas sus inconveniencias. Pueden inventarse un camino más fácil, pero no los conducirá a la ciudad de Dios, la morada segura de los santos. Solo los que “guardan sus mandamientos” tendrán acceso al “árbol de la vida”, y entrarán por las puertas de la ciudad” —*Patriarcas y profetas*, p. 60; parcialmente en *Signs of the Times*, 23 de diciembre de 1886.

Enoc

Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años.
Génesis 5:22.

De labios de Adán había aprendido la triste historia de la caída y la preciosa historia de la gracia magnánima de Dios, en el don de su Hijo como el Redentor del mundo. Creía y confiaba en la promesa dada. Enoc era un hombre santo. Servía a Dios con un corazón indiviso. Advertía la corrupción de la familia humana, y se separó de los descendientes de Caín y los amonestaba por su gran maldad. Había algunos sobre la tierra que reconocían a Dios, que lo temían y lo adoraban. Pero el justo Enoc estaba tan afligido por la maldad creciente de los impíos que no se asociaba diariamente con ellos, temiendo que la infidelidad de esos hombres pudiese afectarlo y que nunca más fuese a considerar a Dios con la reverencia santa que merecía su exaltado carácter. Su alma se afligía al contemplar que pisoteaban diariamente la autoridad de Dios. Decidió separarse de ellos y pasar mucho tiempo en la soledad, dedicándose a la meditación y a la oración. Así esperaba ante el Señor, buscando un conocimiento más claro de su voluntad, a fin de cumplirla. Dios comulgaba con Enoc por medio de sus ángeles, y le dio instrucciones divinas. Le hizo saber que nunca más contendría con los seres humanos rebeldes; que era su propósito destruir a la raza pecaminosa trayendo un diluvio sobre la tierra.

El hermoso Jardín del Edén, del cual habían sido expulsados nuestros primeros padres, permaneció hasta que Dios determinó destruir la tierra mediante un diluvio. El Señor había plantado ese jardín y le había otorgado una bendición especial, y en su maravillosa providencia lo retiró de la tierra; y lo volverá a traer, adornado con una gloria mayor [que la que tuvo] antes de que fuera quitado. Dios tenía el propósito de preservar un espécimen de su obra perfecta de la creación, libre de la maldición que el pecado había desatado sobre la tierra...

Enoc continuó creciendo en su afición por el cielo al comulgar con Dios. Su rostro irradiaba una santa luz... El Señor amaba a Enoc, porque lo seguía constantemente... Anhelaba unirse cada vez más con Dios, a quien temía, reverenciaba y adoraba. El Señor no permitiría que Enoc muriera como los otros, por eso envió a sus ángeles para que lo llevaran al cielo sin ver la muerte. En presencia de los justos y de los impíos, Enoc fue arrebatado [al cielo] –*Signs of the Times*, 20 de febrero de 1879.



7

de julio

Enoc y el Espíritu de la profecía

*De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo:
He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares. Judas 1:14.*

Dios reveló a Enoc... el plan de la redención. Mediante el Espíritu de profecía lo llevó a través de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes eventos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo.

Enoc había estado preocupado acerca de los muertos. Le había parecido que los justos y los impíos se convertirían igualmente en polvo, y que ese sería su fin. No podía concebir que los justos vivieran más allá de la tumba. En visión profética, se lo instruyó en lo concerniente a la muerte de Cristo y se le mostró su venida en gloria, acompañado de todos los santos ángeles, para rescatar a su pueblo de la tumba. También vio la corrupción que habría en el mundo cuando Cristo viniera por segunda vez, y que habría una generación presumida, jactanciosa y empecinada que negaría al único Dios y al Señor Jesucristo, pisoteando la Ley y despreciando la redención. Vio a los justos coronados de gloria y honor, y a los impíos desechados de la presencia del Señor, y destruidos por el fuego...

A través de las bendiciones y los honores otorgados a Enoc, el Señor enseña una lección de gran importancia: Todos los que por la fe confían en el Sacrificio prometido y obedecen fielmente los Mandamientos de Dios, serán recompensados. Nuevamente, aquí se representan dos grupos que han de existir hasta la segunda venida de Cristo: los justos y los impíos, los leales y los rebeldes. Dios recordará a los justos, quienes lo temen. Por cuenta de su amado Hijo, los respetará y honrará, y les dará vida eterna. Pero a los impíos que pisotean su autoridad los raerá de la tierra, y serán como si nunca hubiesen sido.

Después de la caída de Adán desde un estado de felicidad perfecta a una condición de pecado y miseria, hubo peligro de que los hombres y las mujeres se desanimaran... Pero las instrucciones que Dios dio a Adán, repetidas por Set y practicadas por Enoc, despejaron las tinieblas y la tristeza e infundieron al hombre la esperanza de que, así como por Adán vino la muerte, por el Redentor prometido vendría la vida y la inmortalidad —*Signs of the Times*, 20 de febrero de 1879; parcialmente en *Patriarcas y profetas*, pp. 73-76.

Enocs modernos

*Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.
Génesis 5:24.*

Después de la caída de Adán desde un estado de felicidad perfecta a una condición de pecado y de miseria, hubo peligro de que los hombres y las mujeres se desanimaran... Pero las instrucciones que Dios dio a Adán, repetidas por Set y practicadas por Enoc, despejaron las tinieblas y la tristeza, e infundieron al hombre la esperanza de que así como por Adán vino la muerte, por el Redentor prometido vendría la vida y la inmortalidad.

En el caso de Enoc, se les enseñó a los fieles afligidos que mientras vivieran entre gente corrupta y pecaminosa que estaba en rebelión abierta y atrevida contra su Creador, si obedecían y tenían fe en el Redentor prometido, obrarían justicia como el fiel Enoc, serían aceptados por Dios y finalmente elevados a [la presencia] de su Trono celestial.

Por su separación del mundo y la dedicación de gran parte de su tiempo a la oración y la comunión con Dios, Enoc representa al pueblo leal de Dios en los últimos días, que vivirá separado del mundo. La maldad prevalecerá en una terrible proporción sobre la tierra. Las personas se entregarán a toda maquinación de sus corazones corruptos, y vivirán según sus filosofías engañosas, rebelándose contra la autoridad del altísimo Cielo.

Los hijos de Dios se separarán de las prácticas pecaminosas de los que los rodean, y buscarán la pureza del pensamiento y la conformidad santa a la voluntad divina hasta que su imagen se vea reflejada en ellos. Como Enoc, se estarán preparando para ser trasladados al cielo. Entretanto se esfuerzan por instruir y advertir al mundo, no se conformarán al espíritu y las costumbres de los incrédulos, sino que los condenarán por su conversación santa y su ejemplo de piedad. La traslación de Enoc al cielo justo antes de la destrucción del mundo por un diluvio, representa la traslación de todos los justos vivos de la tierra, previa a su destrucción mediante el fuego. Los santos serán glorificados en la presencia de quienes los han odiado por su obediencia leal a los Mandamientos justos de Dios.

Enoc instruyó a su familia acerca del diluvio. Matusalén, el hijo de Enoc, escuchó la predicación de su nieto Noé, quien advirtió fielmente a los habitantes del mundo antiguo que una gran inundación vendría sobre la tierra. Matusalén y sus hijos y nietos vivían cuando se construía el arca. Ellos y otros recibieron instrucción de Noé y lo ayudaron en su trabajo —*Signs of the Times*, 20 de febrero de 1879; parcialmente en *Patriarcas y profetas*, p. 76.



9
de julio

La promesa a Israel

En Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel.
Isaías 45:25.

Abraham fue llamado a salir de una familia idólatra, y fue escogido por Dios para preservar su verdad en medio de la corrupción extendida y creciente de aquella época idólatra. El Señor apareció a Abraham y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera” (Gén. 17:1, 2).

El Señor comunicó su voluntad a Abraham y le dio un conocimiento específico de los requisitos de la ley moral y de la salvación que sería lograda por Dios mismo. Abraham fue llamado a un elevado honor: el de ser el padre del pueblo que durante siglos fue el guardián y el preservador de la verdad de Dios para el mundo, del pueblo aquel a través del cual todas las naciones de la tierra serían bendecidas en el advenimiento del Mesías prometido...

Dios le confirió a su siervo fiel un honor y una bendición especiales. Por medio de visiones y a través de los ángeles que caminaban y hablaban con él como entre amigos, fue familiarizado con los propósitos y la voluntad de Dios...

Pero los descendientes de Abraham se apartaron de la adoración del Dios verdadero y transgredieron su Ley. Se mezclaron con las naciones que no tenían conocimiento o temor de Dios en su mente, y gradualmente imitaron sus costumbres y maneras; hasta que la ira de Dios se encendió contra ellos, y les permitió tener sus propios caminos y seguir los designios de sus propios corazones corruptos...

Pero, cuando se humillaron ante Dios y reconocieron sus obras y clamaron fervientemente a él por la liberación del opresivo yugo de los egipcios, sus clamores y sus promesas de obediencia llegaron al cielo. Sus oraciones fueron contestadas de una manera maravillosa, e Israel fue sacado de Egipto, y el pacto hecho con sus padres fue renovado con ellos.

Así fue preservado el conocimiento de la Ley de Dios a través de generaciones sucesivas desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abraham, y desde Abraham hasta Moisés –*Signs of the Times*, 22 de abril de 1886.

La fe de Abraham, parte 1

Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Génesis 22:2.

Abraham tenía 120 años de edad cuando le llegó esta orden terrible y sorprendente, en una visión de la noche. Habría de viajar durante tres días y tendría bastante tiempo para reflexionar. Cincuenta años antes, ante el mandato divino, había dejado a su padre y a su madre, parientes y amigos, y se había convertido en un peregrino y extranjero en una tierra extraña. Había obedecido el mandato de Dios de enviar a su hijo Ismael a vagar por el desierto. Su alma estaba doblegada por el dolor de esta separación, y su fe fue probada duramente. Pero se sometió porque Dios así lo requirió...

Abraham fue tentado a creer que, en definitiva, se trataba de un engaño. Herido por el dolor, se inclinó ante Dios y oró como nunca antes por una confirmación de esta extraña orden; si habría de cumplir este deber, necesitaba mayor luz. Recordó a los ángeles enviados para comunicarle el plan de Dios de destruir a Sodoma, y a los que le trajeron la promesa de que iba a tener este hijo, Isaac...

Finalmente despertó a Isaac suavemente, y le informó que Dios le había ordenado que ofreciera un sacrificio sobre una montaña distante, y que él debería acompañarlo. Llamó a sus siervos e hizo todos los preparativos para el largo viaje. Si hubiese podido descargar sus preocupaciones con Sara y juntos soportar el sufrimiento y la responsabilidad, le hubiera traído algo de alivio; pero decidió que esto no era buena idea, porque el corazón de Sara estaba atado al de su hijo, y le hubiera creado un obstáculo. Salió en su viaje, y Satanás iba a su lado para sugerirle incredulidad e imposibilidad...

Comienza la jornada del tercer día. Abraham levanta su vista hacia las montañas, y sobre una de ellas ve la señal prometida. Mira detenidamente, y he aquí una nube brillante que sobrevolaba la cima del Monte Moriah...

Todavía se encuentra a gran distancia de la montaña, pero quita la carga de los hombros de sus sirvientes y les pide que queden atrás, mientras coloca la madera sobre los hombros de su hijo, y él mismo lleva el cuchillo y el fuego
—*Signs of the Times*, 1° de abril de 1875.



11
de julio

La fe de Abraham, parte 2

*Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos.
Génesis 22:8.*

Al acercarse a la montaña, “habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?” (Gén. 22:7). Estas palabras de cariño, “padre mío”, se clavaron en su corazón lleno de amor, y nuevamente pensó: Oh, si pudiera morir yo, que ya soy viejo, en lugar de Isaac...

Isaac ayudó a su padre a construir el altar. Juntos colocaron la leña y completaron la tarea preparatoria para el sacrificio. Con labios temblorosos y voz vacilante, Abraham reveló a su hijo el mensaje que Dios le había enviado... Isaac era la víctima, el cordero que sería herido. Si Isaac hubiera querido resistirse a la orden de su padre, podría haberlo hecho, porque ya era un hombre; pero se le había instruido tan bien en el conocimiento de Dios que tenía una fe perfecta en sus promesas y requisitos...

Consoló a su padre asegurándole que Dios le confería un honor al aceptarlo como sacrificio, que en este pedido no veía la ira ni el descontento de Dios, sino indicios especiales de que Dios lo amaba, al requerirle que se consagrara a él en sacrificio.

Guió las manos febriles de su padre a atar los nudos que lo confinaban al altar. Se hablaron las últimas palabras de tierno amor entre padre e hijo, se derramaron las últimas lágrimas de hijo y padre, se dieron el último abrazo, y el padre apretó contra su anciano pecho a su amado hijo por última vez. Su mano se levantó, aferrando firmemente el instrumento de muerte que habría de quitar la vida a Isaac, cuando de pronto su brazo fue detenido... “Alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos” (vers. 13)...

Nuestro Padre celestial sometió a su amado Hijo a las agonías de la crucifixión. Legiones de ángeles presenciaron la humillación y la angustia de alma del Hijo de Dios, pero no se les permitió interponerse, como en el caso de Isaac. No se escuchó voz alguna que detuviera el sacrificio. El querido Hijo de Dios, el Redentor del mundo, fue insultado, burlado, humillado y torturado hasta que inclinó su rostro en la muerte. ¿Qué prueba mayor puede darnos el Infinito de su amor y misericordia? —*Signs of the Times*, 1° de abril de 1875.

La escalera al cielo

No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Génesis 28:17.

Jacob no tenía un carácter perfecto. Pecó contra su padre, su hermano, su propia alma, y contra Dios. La inspiración registra fielmente las faltas de los hombres buenos que fueron distinguidos por el favor de Dios; en realidad, sus defectos resaltaban más que sus virtudes... Fueron asaltados por tentaciones y a menudo fueron vencidos por estas, pero estuvieron dispuestos a aprender en la escuela de Cristo. Si se nos hubieran presentado estos personajes como seres perfectos, podríamos desanimarnos en nuestra lucha por alcanzar la justificación...

Muestra que Dios de ninguna manera admitirá al culpable. Él ve el pecado en sus más favorecidos, y los castiga incluso con mayor ahínco que a los que tienen menos luz y responsabilidad. Pero, en contraste con los pecados y los errores de la humanidad, se presenta un carácter perfecto: el del Hijo de Dios, quien revistió su divinidad de humanidad, y caminó como hombre entre los hijos de los hombres...

Jacob obtuvo por fraude la bendición destinada a su hermano. Dios le había prometido a él la primogenitura, y la promesa se habría cumplido a su tiempo si él hubiera estado dispuesto a esperar. Pero como a muchos que ahora profesan ser hijos de Dios, le faltaba fe y pensaba que debía hacer algo él mismo, en lugar de dejar las cosas sumisamente en las manos del Señor...

Al seguir su camino solitario, se sentía sumamente decaído y desanimado... Pero Dios no abandonó a Jacob. Su misericordia alcanzaba todavía a su errante y desconfiado siervo, aunque permitiera que le llegasen aflicciones hasta que aprendiera la lección de una sumisión paciente. Compasivamente, el Señor reveló a Jacob precisamente lo que necesitaba: un Salvador...

Cansado de su viaje, el peregrino se acostó en el suelo, con una piedra por cabecera. Mientras dormía, vio una escalera clara y reluciente “que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo” (Gén. 28:12). Por esta escalera subían y bajaban ángeles; en lo alto, estaba el Señor de la gloria, quien se dirigió a Jacob con palabras de ánimo maravillosas. Le aseguró a Jacob que había sido guardado divinamente en su ausencia del hogar, y que le sería dada la tierra que habitaba como exiliado y fugitivo, a él y su posteridad —*Signs of the Times*, 31 de julio de 1884; parcialmente en *Patriarcas y profetas*, pp. 182, 183.



13
de julio

El Señor está en este lugar

Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Génesis 28:16.

Jacob se despertó con un sentido solemne de la presencia de Dios... El plan de salvación le fue revelado a través del Espíritu de Dios; no enteramente, sino las partes esenciales para su conocimiento. El tiempo del primer advenimiento de Jesús todavía estaba en un futuro distante, pero Dios no permitiría que su siervo permaneciera sin saber que se había provisto un Abogado a los hombres y las mujeres pecadores para con el Padre.

Hasta el tiempo de la rebelión del hombre contra el gobierno divino, había existido libre comunión entre Dios y el hombre. Pero el pecado de Adán y de Eva separó la tierra del cielo, de manera que el hombre no podía ya comunicarse con su Hacedor, por mucho que lo deseara. No podía escalar los bastiones del cielo y entrar en la ciudad de Dios, porque allí no puede entrar nada que contamine. La escalera representa a Jesús, el medio señalado para comunicarnos con el cielo. Si no hubiese salvado por sus méritos el abismo producido por el pecado, los ángeles ministradores, que ascienden y descienden tal escalera no habrían podido tratar con los pecadores.

Todo esto se le reveló a Jacob en su sueño. Aunque su mente comprendió en seguida una parte de la revelación, sus grandes y misteriosas verdades fueron el estudio de toda su vida, y las fue comprendiendo cada vez mejor. La escalera mística que se le mostró en su sueño fue la misma a la cual se refirió Cristo, en su conversación con Natanael. Dijo el Señor: “De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre” (Juan 1:51).

La obra de nuestra vida se encuentra en comenzar en el peldaño más bajo de la escalera y ascender hacia el cielo paso a paso... Ascendemos por medio de pasos sucesivos. Cuando soltamos un peldaño, es para aferrarnos de uno más arriba. Así, la mano constantemente se extiende hacia arriba en niveles sucesivos de gracia, y los pies se plantan en un peldaño tras otro, hasta que finalmente se nos administre una entrada abundante en el Reino de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo —*Signs of the Times*, 31 de julio de 1884.

Un ejemplo de perdón

*Yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos.
Así los consoló, y les habló al corazón. Génesis 50:21.*

Los hijos de Jacob volvieron a su padre con la grata noticia: “José vive aún, y él es señor en toda la tierra de Egipto” (Gén. 45:26). Al principio, el anciano se sintió abrumado. No podía creer lo que oía. Pero, al ver la larga caravana de carros y animales cargados, y a Benjamín otra vez con él, se convenció y, en la plenitud de su regocijo, exclamó: “Basta; José mi hijo vive todavía: iré, y le veré antes que yo muera” (vers. 28). Quedaba otro acto de humillación para los diez hermanos. Confesaron a su padre el engaño y la crueldad que durante tantos años habían amargado la vida de él y la de ellos. Jacob no los había creído capaces de tan vil pecado, pero vio que todo había sido dirigido para bien, y perdonó y bendijo a sus descarriados hijos...

En una visión nocturna, recibió la divina Palabra: “No temas de descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y la mano de José cerrará tus ojos” (Gén. 46:3, 4).

El encuentro entre José y su padre fue muy afectuoso. José saltó de su carro y corrió a dar la bienvenida a su padre; lo abrazó y lloraron el uno sobre el otro. “Entonces Israel dijo a José: Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro, y sé que aún vives” (Gén. 46:30)...

Los últimos años de Jacob fueron más pacíficos. Sus hijos se habían arrepentido de sus malos caminos; José le había sido devuelto; y estaba rodeado de todas las comodidades que el primer ministro de Egipto podía dispensar. Y feliz en la compañía de su hijo por tanto tiempo perdido, descendió quieta y apaciblemente al sepulcro.

Poco tiempo antes de su muerte, sus hijos se reunieron alrededor de su lecho de muerte. Ahora, mientras sus hijos esperaban su última bendición, el Espíritu de la inspiración se posó sobre él y declaró ante ellos sus vidas pasadas, y también pronunció profecías de largo alcance futuro...

Jacob había sido un padre afectuoso. No albergaba resentimientos hacia sus hijos tristes. Los había perdonado. Los amó hasta el fin. Pero Dios, por el Espíritu de la profecía, elevó la mente de Jacob por encima de sus sensaciones. En sus últimas horas, los ángeles lo rodeaban, y el poder de Dios reposaba sobre él —*Signs of the Times*, 5 de febrero de 1880.



15
de julio

José, un tipo de Cristo

Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Génesis 50:20.

Para la mayoría de sus hijos, Jacob predijo un futuro próspero. En el caso de José, expresó palabras de elocuencia y buena fortuna. “Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro. Le causaron amargura, le asaetearon, y le aborrecieron los arqueros; mas su arco se mantuvo poderoso, y los brazos de sus manos se fortalecieron por las manos del Fuerte de Jacob” (Gén. 49:22-24)...

La vida de José ilustra la vida de Cristo. Los hermanos de José se propusieron matarlo, pero finalmente se contentaron con venderlo como esclavo, para impedir que llegase a ser superior a ellos. Pensaron que lo habían colocado donde ya no los molestaría más con sus sueños, y que habían eliminado toda posibilidad de que estos se cumplieran. Pero su proceder fue contrarrestado por Dios, y él lo hizo servir para cumplir el mismo acontecimiento que trataban de impedir: que él ejerciera dominio sobre ellos.

José caminó con Dios. Y cuando fue a prisión y sufrió por causa de su inocencia, lo soportó mansamente y sin murmuración. Su control propio, su paciencia en la adversidad y su fidelidad invariable han sido registrados para el beneficio de todos los que habían de vivir de ahí en adelante sobre la tierra...

La vida de Jesús, el Salvador del mundo, es un patrón de benevolencia, bondad y santidad. Sin embargo, él fue odiado e insultado, burlado y menospreciado, por ninguna razón aparte de que su vida justa era un reproche constante contra el pecado. Sus enemigos no iban a sentirse satisfechos hasta que fuera entregado en sus manos, para someterlo a una muerte vergonzosa. Él murió por la raza culpable, y entretanto sufría la tortura más cruel, perdonó mansamente a sus asesinos. Resucitó de los muertos, ascendió a su Padre y recibió todo poder y autoridad, y regresó a la tierra nuevamente para impartirlas a sus discípulos. Les dio “dones a los hombres” (Efe. 4:8). Y él ha recibido en su favor y perdonado ampliamente a todos los que han venido a él arrepentidos, confesando sus pecados. Y si permanecen fieles a él, él los exaltará ante su Trono y los hará sus herederos de la herencia que él ha comprado con su propia sangre —*Signs of the Times*, 5 de febrero de 1880.

Cuarenta años de aprendizaje

Y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre. Éxodo 2:23.

En todo sentido, Moisés se había convertido en un gran hombre. Como escritor, líder militar y filósofo, no había otro superior. El amor a la verdad y la justicia se había convertido en el fundamento de su carácter, y había producido una constancia de propósito que no podía ser influenciada por ninguna variación de la moda, la opinión o empresa. Su vida se caracterizaba por la cortesía, la diligencia y una firme confianza en Dios. Era joven y vigoroso, lleno de energía y fortaleza viril. Había simpatizado profundamente con sus hermanos en sus aficciones, y en su corazón se había encendido el deseo de libertarlos. Según la sabiduría humana, parecía a todas luces que era idóneo para su obra.

Pero Dios ve lo que el hombre no ve; sus caminos no son nuestros caminos. Moisés todavía no está preparado para cumplir esta gran obra; ni el pueblo está preparado para la liberación. Él ha sido educado en la escuela de Egipto, pero todavía le toca pasar por la escuela severa de la disciplina, antes de encontrarse calificado para su sagrada misión. Antes de poder gobernar con éxito a las multitudes de Israel, debe aprender a obedecer, debe aprender el control propio. Es enviado a la soledad del desierto durante cuarenta largos años, para que en su vida de anonimato, en el humilde trabajo de cuidar las ovejas y los corderos del rebaño, pueda ganar la victoria sobre sus propias pasiones. Debe aprender una sumisión plena a la voluntad de Dios antes de poder transmitir tal voluntad a un gran pueblo.

Seres humanos de poca visión habrían prescindido de esos cuarenta años de capacitación entre las montañas de Madián, y estimado que era una gran pérdida de tiempo. Pero la Sabiduría infinita colocó durante este periodo a aquel que habría de ser un poderoso estadista, el libertador de su pueblo de la esclavitud, en circunstancias que desarrollarían su honestidad, su previsión, su fidelidad y solicitud, y su habilidad para identificarse con las necesidades de los necios que quedarían bajo su cuidado. Aquellos a quienes Dios confía responsabilidades importantes no han sido criados en la comodidad o el lujo; los nobles profetas, los líderes y los jueces escogidos por Dios han sido personas cuyo carácter fue formado por las realidades severas de la vida.

Dios no elige para su obra a personas de un solo molde y temperamento, sino a personas de temperamentos variados –*Signs of the Times*, 19 de febrero de 1880.



17
de julio

La experiencia de desaprender

Y Moisés convino en morar con aquel varón. Éxodo 2:21.

En todos los que han sido escogidos para cumplir una obra para Dios se nota el elemento humano... Conectados con Dios, la fuente de toda sabiduría, los individuos pueden obtener el nivel más elevado de excelencia moral...

Moisés había aprendido muchas cosas que debía olvidar. Las influencias que lo habían rodeado en Egipto, el amor a su madre adoptiva, su propia posición elevada como nieto del rey, la solemne grandeza del arte, el libertinaje que reinaba por doquier, el imponente escenario del culto idólatra, y la repetición constante por parte de los sacerdotes de incontables fábulas sobre el poder de sus dioses; todo esto había dejado una profunda impresión en su mente entonces en desarrollo, y hasta cierto punto había amoldado sus hábitos y su carácter. El tiempo, el cambio de ambiente y la comunión con Dios podían hacer desaparecer estas impresiones. Desechar las semillas del error e implantar en su lugar la verdad exigiría, de parte de Moisés mismo, un esfuerzo intenso y perseverante, una lucha de vida o muerte. En todo momento, Satanás estaría dispuesto a fortalecer el error y desplazar la verdad, pero aunque Dios designó que Moisés aprendiera por sí mismo a través de la disciplina severa, él mismo sería su Ayudador constante contra Satanás cuando el conflicto fuese demasiado severo para la fuerza humana...

La luz de la naturaleza y la revelación proceden de la misma Fuente; enseñan grandes verdades y siempre concuerdan una con la otra. Cuando Moisés vio que todas las obras creadas de Dios actúan en sublime armonía con sus leyes, advirtió cuán irrazonable es que los seres humanos se coloquen en oposición a la Ley de Dios. [Para Moisés] traer el corazón y la mente a una conformidad total con la verdad y el cielo resultó en el conflicto más difícil y el esfuerzo más prolongado; pero finalmente fue victorioso...

Según pasaban años tras años y el siervo de Dios permanecía en esta humilde posición, a una persona de menor fe le habría parecido que Dios la había olvidado; que su habilidad y experiencia no serían aprovechadas por el mundo. Pero al vagar con sus rebaños silenciosos por lugares solitarios, pensaba constantemente en la condición abyecta de su pueblo. Recordaba la manera en que Dios había tratado con sus fieles en el pasado y sus promesas de un bien futuro, y su alma se extendía hacia Dios, para interceder por sus hermanos cautivos. Sus fervientes oraciones hacían eco en medio de las cavernas entre montañas día y noche. Nunca se cansaba de presentar ante Dios las promesas hechas por él a su pueblo, y de rogarle por su liberación —*Signs of the Times*, 19 de febrero de 1880.

El llamamiento de Moisés

Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Éxodo 3:10.

Para los hebreos oprimidos y sufrientes, el día de su liberación parecía haber sido largamente postergado, pero en su momento señalado, Dios decidió obrar con extraordinario poder a su favor. Moisés no habría de estar, como al principio anticipó, al frente de ejércitos con banderas ondeantes y brillantes armaduras. El pueblo, que había sufrido abuso y opresión durante tanto tiempo, no habría de ganar la victoria para sí rebelándose y reclamando sus derechos. El propósito de Dios iba a ser cumplido de una manera que despreciaba el orgullo y la gloria humanos. El libertador habría de presentarse como un humilde pastor, con solo una vara en su mano; pero Dios daría poder a esa vara para librar a su pueblo de la opresión y preservarlo cuando fuera perseguido por sus enemigos.

Antes de salir, Moisés recibió su elevada comisión a su magna tarea de una manera que lo llenó de asombro y le dio un profundo sentido de su propia debilidad e indignidad. Mientras atendía sus deberes, vio arder una zarza; sus ramas, su follaje, su tallo, todo ardía; sin embargo no parecía consumirse. Se aproximó para ver esa maravillosa escena, cuando una voz procedente de las llamas lo llamó por su nombre. Era la voz de Dios. Era el que, como Ángel del pacto, se había revelado a los padres en épocas pasadas. El cuerpo de Moisés se estremeció, lleno de terror, en tanto el Señor lo llamó por su nombre. Con labios trémulos, contestó: "Heme aquí". Se lo amonestó a no acercarse irreverentemente: "Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es" (Éxo. 3:5)...

Las criaturas finitas pueden aprender una lección que nunca se debiera olvidar: Han de acercarse a Dios con reverencia. Podemos venir confiadamente a su presencia en el nombre de Jesús, nuestra justicia y sustituto, pero nunca con el atrevimiento de la presunción, como si estuviera al mismo nivel que nosotros. Hemos escuchado que algunos se dirigen al Dios grande y todopoderoso como no se dirigirían a un igual o siquiera a un inferior... A Dios se le debe reverenciar grandemente; todo el que verdaderamente reconozca su presencia, se inclinará humildemente ante él —*Signs of the Times*, 26 de febrero de 1880.



19
de julio

Doble carga

Dijo también Faraón: He aquí el pueblo de la tierra es ahora mucho, y vosotros les hacéis cesar de sus tareas. Éxodo 5:5.

Habiendo recibido instrucciones de los ángeles, Aarón salió a recibir a su hermano, de quien había estado tanto tiempo separado. Se encontraron en las soledades del desierto, cerca de Horeb... Juntos hicieron el viaje a Egipto; y habiendo llegado a la tierra de Gosén, procedieron a reunir a los ancianos de Israel. Aarón les explicó cómo Dios se había comunicado con Moisés, y este reveló al pueblo las señales que Dios le había dado. “Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron” (Éxo. 4:31).

La próxima tarea de los dos hermanos fue la de comunicarse con el mismo rey. Entraron al gran palacio de Faraón como comisionados de Jehová; sentían que Dios estaba allí, con ellos, y hablaron con autoridad: “Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto” (Éxo. 5:1)...

Ya el rey había oído hablar de ellos y del interés que estaban despertando entre el pueblo. Se encendió su ira...

El mismo día emitió órdenes a todos los funcionarios que supervisaban el trabajo de los israelitas para que hicieran aún más cruel y opresivo su trabajo. En aquel país, el material de construcción más común eran los ladrillos secados al sol, con paja entremezclada con el barro para darle consistencia. Incluso los mejores edificios se construían con este material, y luego se recubrían de piedra. El rey ordenó ahora que no se suministrara más paja, pero exigía que se produjera la misma cantidad de ladrillos...

Cuando la exigencia del rey se concretó, el pueblo se diseminó por todo el país para recoger rastrojo en vez de paja, pero les fue imposible realizar la cantidad de trabajo acostumbrada. A causa del fracaso, los capataces hebreos fueron azotados cruelmente...

Los hebreos habían esperado obtener su libertad sin ninguna prueba especial de su fe, sin penurias ni sufrimientos verdaderos. Pero aún no estaban preparados para la liberación. Tenían poca fe en Dios y no querían soportar con paciencia sus aflicciones hasta que él los libertara gloriosamente —*Signs of the Times*, 4 de marzo de 1880.

Dios ciertamente los visitará

Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob.
Génesis 50:24.

Apenas unas pocas familias habían descendido a Egipto, pero se habían convertido en una gran multitud. Rodeados por la idolatría, muchos habían perdido el conocimiento del Dios verdadero y habían olvidado su Ley. Pero todavía había entre los israelitas algunos que adoraban... al Hacedor de los cielos y de la tierra. Estos se preocupaban profundamente cuando veían a sus hijos presenciar diariamente las abominaciones del pueblo idólatra que los rodeaba... En su dolor, clamaban al Señor pidiéndole liberación del yugo egipcio...

No ocultaban su fe, sino que declaraban a los egipcios que ellos adoraban al único Dios verdadero y viviente. Y repasaban las evidencias de su existencia y poder, desde la creación. Así, tuvieron los egipcios oportunidad de conocer la religión de los hebreos y a su Dios...

Los ancianos de Israel trataron de sostener la desfalleciente fe de sus hermanos, repitiéndoles las promesas hechas a sus padres y las palabras proféticas con que, antes de su muerte, José predijo la liberación de su pueblo de Egipto. Algunos escucharon y creyeron; otros, mirando las circunstancias que los rodeaban, se negaron a tener esperanza. Los egipcios, al saber lo que pasaba entre sus siervos, se mofaron de sus esperanzas y desdeñosamente negaron el poder de su Dios...

Los siervos fieles de Dios comprendieron que por haberse apartado Israel como pueblo de Dios, y por su disposición a casarse con idólatras y dejarse llevar a la idolatría, el Señor había permitido que llegaran a ser esclavos en Egipto...

Muchos se conformaban con permanecer en la servidumbre, antes que enfrentar las dificultades que acompañarían el traslado a una tierra extraña; y los hábitos de algunos se habían hecho tan parecidos a los de los egipcios que preferían vivir en Egipto. Por lo tanto, el Señor no los libertó mediante la primera manifestación de su poder ante Faraón. Controló los acontecimientos para que se desarrollara más plenamente el espíritu tiránico del rey egipcio, y para dar a los israelitas, mediante las manifestaciones del vasto poder [de Dios], percepciones más elevadas del carácter divino, a fin de que estuvieran ansiosos por abandonar Egipto y eligieran el servicio al Dios verdadero y misericordioso –*Signs of the Times*, 4 de marzo de 1880.



21
de julio

El poder superior de Dios

Tú dirás todas las cosas que yo te mande, y Aarón tu hermano hablará a Faraón, para que deje ir de su tierra a los hijos de Israel. Éxodo 7:2.

El Señor indicó a Moisés que volviera ante el pueblo y le repitiera la promesa de la liberación, con nuevas garantías del favor divino. Hizo lo que se le mandó, pero el pueblo no estuvo dispuesto a recibirlo: sus corazones estaban llenos de amargura, todavía restallaba el látigo en sus oídos, el clamor de angustia y de dolor ahogaba todo otro sonido, y no querían oír. Moisés bajó su cabeza en humillación y frustración, y nuevamente escuchó la voz de Dios: “Entra y habla a Faraón rey de Egipto, que deje ir de su tierra a los hijos de Israel” (Éxo. 6:11).

Se le dijo que el monarca no cedería hasta que Dios visitara con sus juicios a Egipto y sacara a Israel mediante una señalada manifestación de su poder... Les mostraría, por medio de su siervo Moisés, que el Hacedor del cielo y la tierra es el Dios viviente y todopoderoso, sobre todo otro dios; que su fuerza es superior a la del más fuerte; que su omnipotencia podía sacar a su pueblo con mano fuerte y brazo extendido...

Obedientes al mandato de Dios, Moisés y Aarón entraron nuevamente en los señoriales salones del rey de Egipto. Allí, rodeados de altas columnas ricamente esculpidas y la belleza de ricas tapicerías y adornos de plata, oro y piedras preciosas, ante el monarca del reino más poderoso de aquel entonces, estaban de pie los dos representantes de la raza despreciada, uno con una vara en la mano, llegados una vez más para declarar su pedido de que dejara ir a su pueblo.

El rey exigió un milagro. Moisés y Aarón habían sido instruidos acerca de cómo proceder en caso de que se hiciese tal demanda, de manera que Aarón tomó la vara y la arrojó al suelo ante Faraón. Esta se convirtió en serpiente. El monarca hizo llamar a sus “sabios y hechiceros”, y “echó cada uno su vara, las cuales se volvieron culebras: mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos” (Éxo. 7:11, 12)... Los magos no convirtieron sus varas en verdaderas serpientes; ayudados por el gran engañador, produjeron esa apariencia mediante la magia, para copiar la obra de Dios...

Así, la obra de Dios se manifestó superior a la de Satanás —*Signs of the Times*, 11 de marzo de 1880.

Que comiencen las plagas

Ve por la mañana a Faraón... y tú ponte a la ribera delante de él, y toma en tu mano la vara que se volvió culebra. Éxodo 7:15.

A Moisés y a Aarón se les indicó que a la mañana siguiente se dirigieran a la ribera del río, adonde solía ir el rey... En ese lugar los dos hermanos le repitieron su mensaje, y después, alargando la vara, hirieron el agua. La sagrada corriente se convirtió en sangre, los peces murieron y el río se tornó hediondo. El agua que estaba en las casas y la provisión que se guardaba en las cisternas también se transformaron en sangre. Pero “los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos” y cambiaron el agua de los pozos de manera similar. Pero, el rey endureció su corazón y se negó a ceder. La plaga duró siete días, pero sin efecto alguno.

Entonces se hizo otro esfuerzo para convencer al rey. Nuevamente se alzó la vara sobre las aguas, y del río salieron ranas que se esparcieron por toda la tierra. Invadieron las casas, donde tomaron posesión de las alcobas, y aun de los hornos y las artesas. Los magos aparentaron producir animales similares por medio de sus encantamientos. Pronto la molestia general se tornó tan intolerable que el rey deseaba intensamente eliminarla. Aunque los magos habían podido producir ranas, no pudieron quitarlas. Al verlo, Faraón fue humillado hasta cierto punto, y deseaba que Moisés y Aarón pidieran a Dios que detuviera la plaga. Ellos le recordaron al arrogante rey su jactancia anterior y le preguntaron qué había ocurrido con el supuesto poder de sus magos. Entonces, le pidieron que designara el tiempo en que debieran orar, y a la hora señalada murieron las ranas, aunque el efecto permaneció porque sus cadáveres corrompieron la atmósfera.

La obra de los magos había convencido a Faraón de que estos milagros habían ocurrido gracias a la magia, pero tuvo evidencia abundante de que este no era el caso cuando la plaga de las ranas fue quitada. El Señor pudo haber convertido las ranas en polvo en un momento, pero no lo hizo, no fuese que, una vez eliminadas, el rey y su pueblo dijeran que había sido el resultado de hechicerías como las que hacían los magos... Con esto, el rey y todo Egipto tuvieron una evidencia que su vana filosofía no podía contradecir; vieron que esto no era obra de magia, sino un castigo enviado por el Dios del cielo—*Signs of the Times*, 11 de marzo de 1880; ver texto similar en *Patriarcas y profetas*, pp. 269, 270.



23
de julio

Los piojos y las moscas

Entonces Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón: Extiende tu vara y golpea el polvo de la tierra, para que se vuelva piojos por todo el país de Egipto.
Éxodo 8:16.

Las ranas murieron, y los juntaron en montones. Con esto, el rey y todo Egipto tuvieron una evidencia que su vana filosofía no podía contradecir: vieron que esto no era obra de magia sino un castigo enviado por el Dios del cielo.

Cuando el rey quedó aliviado de su problema inmediato, nuevamente se negó testarudamente a librar a Israel. Aarón, siguiendo la orden de Dios, extendió la mano y el polvo de la tierra se convirtió en piojos en todo Egipto. Faraón llamó a sus magos para que hiciesen lo mismo, pero no pudieron... Los magos mismos reconocieron que su poder de imitación había alcanzado su límite, y dijeron: “Dedo de Dios es este” (Éxo. 8:19). Pero el rey aún permaneció inmovible.

Después de otra apelación a dejar salir al pueblo, se impuso otro castigo: Las moscas llenaron las casas y lo invadieron todo, “y la tierra fue corrompida a causa de ellas” (vers. 24). Estas moscas no eran como las que nos molestan inofensivamente en algunas estaciones del año, sino que eran grandes y venenosas. Sus picaduras eran muy dolorosas para hombres y animales. Como se había anunciado, esta plaga no se extendió a la tierra de Gosén.

Faraón entonces pidió que les trajeran a los dos hermanos y les dijo que permitiría que los israelitas hiciesen sacrificios en Egipto; pero ellos se negaron a aceptar tal oferta. Los egipcios consideraban que ciertos animales eran objeto de adoración, y era tal la reverencia con que se consideraba a estas criaturas que matar una de ellas, aun por accidente, era un crimen castigado con la muerte. Moisés aseguró al rey que era imposible para ellos hacer un sacrificio en honor a Dios en la tierra de Egipto, porque podían elegir para su ofrenda alguno de los animales que los egipcios consideraban sagrados.

Moisés volvió a pedir al monarca que se les permitiese internarse tres días de camino en el desierto. El rey consintió, y rogó a los siervos de Dios que implorasen que la plaga fuese quitada. Ellos prometieron hacerlo; pero le advirtieron que no los tratara engañosamente. Cuando oraron, se detuvo la plaga. Pero, el corazón del rey se había endurecido por la rebelión pertinaz, y todavía se negó a ceder —*Signs of the Times*, 11 de marzo de 1880; ver texto similar en *Patriarcas y profetas*, pp. 270, 271.

Pestilencia, tumores y granizo

*He aquí la mano de Jehová estará sobre tus ganados que están en el campo...
con plaga gravísima. Éxodo 9:3.*

Faraón ahora fue advertido de un castigo aun más terrible: una peste que caería sobre todo el ganado egipcio que estaba en los campos. Se había dicho claramente que los hebreos serían exonerados; y Faraón, al enviar mensajeros a las casas de los israelitas, comprobó que estos habían escapado totalmente al castigo. Pero el rey se mantuvo obstinado, hostigado en su persistencia por los sacerdotes y los magos.

Pero también estos habrían de experimentar los juicios de Dios. Se ordenó a Moisés y a Aarón que tomasen cenizas del horno y las esparcieran hacia el cielo delante de Faraón. Cuando se hizo esto, las diminutas partículas se diseminaron por toda la tierra de Egipto, y doquiera caían producían “sarpullido que produjo úlceras tanto en los hombres como en las bestias”. Los magos, con todos sus encantamientos, no pudieron protegerse contra la penosa plaga. Ahora no podían presentarse ante Moisés y Aarón, debido a la enfermedad. De esta manera los egipcios pudieron ver cuán inútil para ellos era confiar en el poder del que habían alardeado los magos, ya que ni siquiera podían protegerse a sí mismos.

Pero no hubo ninguna concesión de parte del monarca... Entonces se amenazó a Faraón con una plaga de granizo que destruiría el ganado y a todo hombre y mujer que se encontrara en el campo. Esta era una oportunidad para probar el orgullo de los egipcios, y para mostrar cuántos habían sido verdaderamente impactados por el maravilloso trato de Dios para con su pueblo. Todos cuantos atendieron la palabra del Señor reunieron su ganado en los establos y las casas, mientras los que menospreciaron la advertencia lo dejaron en el campo. Al proveer así una vía de escape para todos los que decidían tener en cuenta la advertencia, Dios mostró su misericordia, en medio del castigo.

La tormenta llegó por la mañana según lo predicho: truenos, granizo y fuego mezclados. Y destruyó toda hierba, desgajó árboles e hirió a hombres y bestias. Hasta aquí ningún egipcio había perdido la vida, pero ahora la muerte y la desolación marcaron la senda del ángel destructor. Solo se salvó la región de Gosén. El Señor demostró a los egipcios que toda la tierra está bajo el dominio del Dios de los hebreos, que incluso los elementos obedecen su voz –*Signs of the Times*, 18 de marzo de 1880; ver texto similar en *Patriarcas y profetas*, pp. 271-275.



25
de julio

Una confesión falsa y una promesa

He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Éxodo 9:27.

“**M**i pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo” (Isa. 32:18).

La única seguridad genuina para las naciones y los individuos radica en ser obedientes a la voz de Dios, y en estar siempre del lado de la verdad y la justicia. Faraón ahora se humilló y dijo: “He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos” (Éxo. 9:27). Les rogó a los siervos de Dios que intercedieran con él, para que cesaran los terribles truenos y relámpagos.

Moisés sabía que no había terminado la lucha, porque conocía el funcionamiento del corazón humano que se endurece en rebeldía arrogante contra Dios. Las confesiones y las promesas de Faraón no fueron hechas porque hubiera cambio alguno en su mente o su corazón; sino que en ese momento el terror y la angustia lo impulsaron a ceder en su controversia con Dios. A pesar de esto, Moisés prometió concederle su pedido como si su confesión fuese genuina y su arrepentimiento sincero, porque no le daría otra oportunidad para una exhibición futura de terquedad...

Al salir de la ciudad, “extendió sus manos a Jehová, y cesaron los truenos y el granizo, y la lluvia no cayó más sobre la tierra” (Éxo. 9:33). Pero tan pronto como cesaron las exhibiciones portentosas del poder divino, el corazón del rey regresó a su testarudez y rebelión.

El Señor estaba manifestando su poder para afirmar la fe de Israel en él como único Dios verdadero y viviente. Daría inequívocas pruebas de la diferencia que hacía entre ellos y los egipcios. Haría que todas las naciones supiesen que aunque los hebreos habían sido cargados con arduas labores y habían sido despreciados, él los había escogido como su pueblo peculiar y obraría para libertarlos de una manera maravillosa.

Por causa de su larga asociación con los egipcios y el contemplar continuamente el imponente culto a los ídolos, la idea hebrea de un Dios genuino y viviente se había degradado... Vieron a los egipcios idólatras que disfrutaban de una prosperidad abundante, en tanto que ellos eran continuamente acusados de que su Dios los había abandonado. Pero ahora –por medio de obras poderosas– el Señor enseñaría a su pueblo acerca de su carácter y autoridad divinas y les mostraría la total impotencia de los dioses falsos –*Signs of the Times*, 18 de marzo de 1880; ver texto similar en *Patriarcas y profetas*, pp. 275, 276.

Las langostas

Entonces Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para traer la langosta, a fin de que suba sobre el país de Egipto, y consuma todo lo que el granizo dejó. Éxodo 10:12.

Moisés advirtió al monarca que... se enviaría una plaga de langostas, que cubriría la faz de la tierra, y comería todo lo verde...

Los consejeros de Faraón quedaron horrorizados. La nación había sufrido una gran pérdida con la muerte de su ganado. Mucha gente había sido muerta por el granizo...

Se llamó nuevamente a Moisés y a Aarón, y el monarca les dijo: “Andad, servid a Jehová vuestro Dios. ¿Quiénes son los que han de ir?”

La respuesta fue: “Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para Jehová” (ver Éxo. 10:8, 9).

El rey se llenó de ira...

¿Cree su Dios que los dejaré ir, con sus esposas e hijos, en una expedición tan peligrosa? No haré tal cosa; solo ustedes, los hombres irán a servir al Señor. Este rey opresivo y de corazón duro, que había intentado destruir a los israelitas mediante trabajos forzados, ahora aparentaba tener profundo interés en su bienestar y tierno cuidado por sus pequeñuelos. Su verdadero objetivo era retener a las mujeres y los niños como garantía del regreso de los hombres...

Se ordenó a Moisés que extendiera su mano sobre la tierra, y vino un viento del este que trajo langostas “en tan gran cantidad como no la hubo antes ni la habrá después”. Llenaron el cielo hasta que la tierra se oscureció, y devoraron toda cosa verde que quedaba en la tierra y entre los árboles.

Faraón hizo venir inmediatamente a los profetas y les dijo: “He pecado contra Jehová vuestro Dios, y contra vosotros. Mas os ruego ahora que perdonéis mi pecado solamente esta vez, y que oréis a Jehová vuestro Dios que quite de mí al menos esta plaga mortal” (vers. 16, 17).

Así lo hicieron, y un fuerte viento del occidente se llevó las langostas hacia el mar Rojo, de manera que no quedó ni una. Pero, a pesar de la humildad que manifestó bajo la amenaza de muerte, tan pronto como la plaga fue quitada el rey endureció su corazón, y nuevamente se negó a dejar salir a Israel —*Signs of the Times*, 18 de marzo de 1880; ver texto similar en *Patriarcas y profetas*, pp. 276, 277.



27
de julio

Tinieblas sobre la Tierra

*Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo,
para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tanto que cualquiera las palpe.*
Éxodo 10:21.

El pueblo egipcio estaba a punto de desesperarse. Las plagas que ya habían sufrido parecían casi insoportables, y estaban llenos de pánico por temor del futuro. La nación había adorado a Faraón como representante de su dios, pero ahora muchos estaban convencidos de que él se estaba oponiendo a Uno que mantenía a todas las naciones bajo su control. De repente una oscuridad se asentó sobre la tierra, tan densa y negra que parecía que se podía palpar. No solo quedó la gente privada de luz, sino también la atmósfera se puso muy pesada, de manera tal que era difícil respirar... mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones...

Los esclavos judíos continuamente eran los favorecidos por Dios, y se estaban volviendo confiados en que serían liberados. Los capataces no se atrevían a ejercer la crueldad que habían manifestado antes, temiendo que la vasta multitud hebrea se rebelara y se vengara del abuso ya sufrido.

Esta terrible oscuridad duró tres días, y durante este tiempo no se pudieron continuar los ajetreos cotidianos. Este era el plan de Dios. Les daría tiempo para reflexionar y arrepentirse, antes de enviarles la última y más terrible de las plagas: la muerte de los primogénitos. Quitaría todo lo que desviara su atención y les daría tiempo para meditar, concediéndoles así nueva evidencia de su compasión y su reticencia a destruir.

Al final del tercer día de tinieblas, Faraón llamó a Moisés y le dijo: “Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros niños con vosotros”. La respuesta fue: “Tú también nos darás sacrificios y holocaustos que sacrifiquemos para Jehová nuestro Dios. Nuestros ganados irán también con nosotros; no quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová nuestro Dios, y no sabemos con qué hemos de servir a Jehová hasta que lleguemos allá” (Éxo. 10:24-26).

El rey se mostró severo y firme. “Retírate de mí –clamó–; guárdate que no veas más mi rostro, porque en cualquier día que vieres mi rostro, morirás”. La respuesta de Moisés fue: “Bien has dicho; no veré más tu rostro” (vers. 28, 29) –*Signs of the Times*, 18 de marzo de 1880; ver un texto similar en *Patriarcas y profetas*, pp. 277, 278.

Muerte de los primogénitos

Y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias. Éxodo 11:5.

A medida que Moisés presenciaba las maravillosas obras de Dios, su fe se fortalecía y se afianzaba su confianza. Dios lo había estado calificando, por medio de manifestaciones de su poder, para colocarse a la cabeza de los ejércitos de Israel, como un pastor de su pueblo, para sacarlos de Egipto. Su firme confianza en Dios lo elevó por encima del temor. Este valor en la presencia del rey contrariaba el orgullo altanero de este, y lo llevó a amenazar de muerte al siervo de Dios. En su ceguera, no advirtió que no contendía únicamente con Moisés y con Aarón, sino contra el poderoso Jehová, el Hacedor del cielo y la tierra. Si Faraón no hubiera estado enceguecido por su rebelión, habría sabido que Aquel que podía producir milagros tan extraordinarios como aquellos podía preservar la vida de sus siervos escogidos, aunque tuviera que matar al rey de Egipto. Moisés había obtenido el favor del pueblo. Lo consideraban un personaje maravilloso; por lo tanto, el rey no se atrevía a hacerle daño.

Pero Moisés todavía tenía otro mensaje para entregar al monarca rebelde, y antes de abandonar su presencia declaró temerariamente la Palabra del Señor: “A la medianoche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias. Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo, ni jamás habrá. Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas” (Éxo. 11:4-7)...

Según Moisés fielmente describía la naturaleza y los efectos de la última plaga terrible, el rey se volvió extremadamente iracundo. Se enfureció porque no podía intimidar a Moisés y hacerlo temblar ante la autoridad real. Pero el siervo de Dios se apoyaba, para su sustento, en un brazo más poderoso que el de cualquier monarca terrenal –*Signs of the Times*, 18 de marzo de 1880.



29
de julio

La Pascua

*Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes
y en el dintel de las casas. Éxodo 12:7.*

El Señor dio a Moisés instrucciones especiales para los hijos de Israel acerca de lo que debían hacer para preservarse ellos y sus familias de la temible plaga que estaba a punto de enviar sobre los egipcios. Moisés también habría de dar a su pueblo instrucciones sobre su salida de Egipto. Esa noche, tan terrible para los egipcios y tan gloriosa para el pueblo de Dios, se instituyó la solemne ordenanza de la Pascua. Por la orden divina, cada familia, ya sea sola o en conexión con otras, habría de matar un cordero “sin defecto”, y con un hisopo rociar su sangre sobre “los dos postes y en el dintel” de sus casas como una señal, de manera que el ángel destructor que pasaría a medianoche no entrase a aquella morada. Habían de comer la carne asada, con hierbas amargas y pan sin levadura, de noche, y como Moisés dijo: “Ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová” (Éxo. 12:11). Este nombre fue dado en memoria del paso del ángel por su morada [sin herirlos]; y el pueblo de Israel había de celebrar una fiesta anual a través de las generaciones futuras.

La levadura obra secretamente, y es un emblema adecuado de la hipocresía y el engaño. En esta ocasión, los hijos de Israel habían de abstenerse de pan con levadura; esto grababa en sus mentes el hecho de que Dios requiere verdad y sinceridad en su adoración. Las hierbas amargas representaban su larga y amarga esclavitud en Egipto, al igual que la esclavitud del pecado. No era suficiente matar el cordero y esparcir su sangre sobre los dinteles, había de ser comido, lo que representaba la íntima unión que debe existir entre Cristo y sus seguidores.

Se requería una obra de los hijos de Israel, para probarlos y mostrar su fe en la gran liberación que Dios estaba efectuando a su favor. Para escapar del terrible castigo que estaba a punto de caer sobre Egipto, debía verse una señal de sangre sobre sus casas. Y se requirió que se separaran ellos y sus hijos de los egipcios y que se reunieran en sus propias casas, porque si se encontraba a algún israelita en las moradas de los egipcios caería víctima del ángel destructor. También fueron dirigidos a establecer la fiesta de la Pascua como una ordenanza para que, cuando sus hijos preguntaran por el significado de tal servicio, se lo relacionara con la manera maravillosa en que fueron protegidos en Egipto —*Signs of the Times*, 25 de marzo de 1880.

Cristo, el Cordero pascual

Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre.

Éxodo 12:24.

Muchos de los egipcios habían sido inducidos a reconocer, por medio de las manifestaciones de señales y maravillas reveladas en Egipto, que los dioses a quienes ellos habían adorado no tenían el conocimiento ni el poder para salvar o destruir, y que el Dios de los hebreos era el único Dios verdadero. Suplicaron que se les permitiese ampararse en los hogares de Israel cuando el ángel exterminador hiriera a los primogénitos de los egipcios. Los hebreos recibieron a estos egipcios crédulos en sus hogares, y estos se comprometieron a servir de allí en adelante al Dios de Israel como su Dios, y a salir de Egipto e ir con los israelitas a adorar al Señor.

La Pascua señalaba el pasado y la liberación de los hijos de Israel; también era simbólica, al señalar hacia el futuro y a Cristo, al Cordero de Dios, herido por la redención de la humanidad caída. La sangre rociada sobre los dinteles prefiguraba la sangre expiatoria de Cristo, al igual que la dependencia continua de los pecadores de los méritos de esa sangre para estar a salvo del poder de Satanás y para la redención final. Cristo comió la cena pascual con sus discípulos poco antes de su crucifixión, y esa misma noche instituyó la ordenanza de la Cena del Señor, a ser observada en conmemoración de su muerte... Después de participar de la Pascua con sus discípulos, Cristo se levantó de la mesa y les dijo: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!” (Luc. 22:15). Entonces él cumplió la humillante función de lavar los pies de sus discípulos. Cristo les a sus seguidores la ordenanza de lavarse los pies para que la practicaran, lo que les enseñaría lecciones de humildad...

El ejemplo del lavamiento de los pies de sus discípulos fue dado para el beneficio de todos los que creyeran en él...

La salvación de hombres y mujeres depende de una aplicación continua de la sangre purificadora de Cristo al corazón. Por lo tanto, la Cena del Señor habría de observarse con mayor frecuencia que la Pascua anual. Esta ordenanza solemne conmemora un evento mucho mayor que la liberación de los hijos de Israel del cautiverio en Egipto. Aquella liberación era un tipo de la gran expiación lograda por el sacrificio de Cristo, al dar su propia vida por la redención final de su pueblo —*Signs of the Times*, 25 de marzo de 1880.



31
de julio

El reparador de portillos

*“Y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar.
Isaías 58:12.*

Podemos regocijarnos en que el mundo no ha sido abandonado a una impotencia sin esperanza. Jesús dejó el Trono real y su alto mando del cielo y se hizo pobre, para que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Tomó sobre sí nuestra naturaleza, a fin de enseñarnos cómo vivir. En los pasos que el pecador debe dar en la conversión —el arrepentimiento, la fe y el bautismo—, él nos dio el ejemplo. No se arrepintió por sus pecados, porque no los tenía, pero lo hizo en nombre de los pecadores.

Jesús se convirtió en el “reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar”. Se convirtió en un exiliado en la tierra para traer de regreso a la oveja perdida y errante, el único mundo arruinado por el pecado. En él se combinaron lo terrenal y lo celestial, lo humano y lo divino; de otra manera, él no podría ser un Mediador a quien los pecadores pueden acercarse, y por medio del cual puedan ser reconciliados con su Hacedor. Pero ahora él rodea a la humanidad con brazos de simpatía y de amor mientras se aferra del Trono del infinito, uniéndonos de ese modo, en nuestra debilidad e impotencia, con la Fuente de fortaleza y poder...

Estamos endeudados con Jesús por todas las bendiciones que disfrutamos. Debemos estar profundamente agradecidos por ser los objetos de su intercesión. Pero Satanás engaña a hombres y mujeres cuando presenta ante ellos el servicio de Cristo bajo una luz falsa, y al hacerlos pensar que para ellos sería una humillación aceptar a Jesús como su Redentor. Si percibimos el privilegio cristiano bajo la luz apropiada, debiéramos considerar ser contados como hijos de Dios, herederos del cielo, como la más elevada exaltación...

¿Dejará usted las oscuras moradas del pecado y el dolor, y buscará las mansiones que Jesús fue a preparar para sus seguidores? En su nombre lo instamos a plantar sus pies firmemente en la escalera y subir. Abandone sus pecados, venza sus defectos de carácter y aférrese con todas sus fuerzas de Jesús, el camino, la verdad y la vida. Todos podemos triunfar. Nadie que persevere perderá la vida eterna. Los que creen en Cristo no perecerán; ni nadie los arrebatará de su mano —*Signs of the Times*, 31 de julio de 1884.